

EL FANTASMA DE LADY CHATTERLEY

por
RAUL PRIETO

"El demonio del sexo amenaza devorarnos", clama el Dr. Leslie Weatherhead, figura importante de la Iglesia Metodista, alarmado por el éxito de las primeras ediciones inglesas de la novela de D. H. Lawrence, prohibida hasta el año pasado en la Gran Bretaña y de la que ya se han vendido allí más de un millón de ejemplares.

"Y él rio, mientras se quitaba la ropa. Luego saltó hacia la cortina de lluvia, desnudo y blanco, con un ligero estremecimiento. La perra se le adelantó ladrando. Lady Chatterley, con el cabello empapado y pegado a su cabeza, volvió la encendida cara y lo vio. Sus ojos azules resplandecieron de animación, y corrió precipitadamente, con un extraño movimiento de acometida, fuera del claro y por el sendero del bosque. Las ramas la azotaban al pasar. Pero él sólo podía ver su cabeza, la empapada espalda que se inclinaba hacia adelante, las brillantes y redondas nalgas: la maravillosa desnudez de una mujer que huía. Casi había llegado al ancho camino, cuando él la alcanzó y le rodeó la desnuda, suave y húmeda cintura con los brazos."

Por aquel rumbo donde ocultaron sus amoríos lady Chatterley y el guardabosques llevó al cabo sus famosas hazañas el legendario Robin Hood, ocho siglos antes. D. H. Lawrence sitúa la acción de su novela en las cercanías de Nottingham. Así comienza el primer capítulo de *El amante de lady Chatterley*: "Nuestra era es esencialmente trágica, mas nos negamos a vivirla trágicamente. Ocurrió el cataclismo y nos encontramos entre las ruinas, pero comenzamos ya a edificar nuestras pequeñas moradas y a acariciar nuevas y diminutas esperanzas. Es una labor bastante ruda y aún no existe ningún camino al futuro. Nos rodean los obstáculos o los cruzamos arrastrándonos. Tenemos que seguir viviendo, pese a los cielos que se vinieron abajo. Tal fue, más o menos, la postura adoptada por Constanza Chatterley. La guerra había derrumbado el techo que la cobijaba y ella comprendió que uno tiene que vivir y aprender. Se casó con Clifford Chatterley en 1917, cuando éste regresó a su casa en Inglaterra, con licencia. Tuvieron una luna de miel de un mes y luego él volvió al frente de Flandes. Seis meses después lo remitieron a Inglaterra, casi hecho añicos. Constanza, su esposa, tenía entonces veintitrés

años y él veintinueve. Clifford se aferró maravillosamente a la vida. No murió y sus trozos parecieron pegarse de nuevo. Durante dos años permaneció bajo tratamiento médico. Entonces lo declararon curado y apto para regresar a sus actividades, con la mitad del cuerpo, de la cintura para abajo, definitivamente paralizada. Esto fue en 1920. Clifford y Constanza regresaron a su hogar, Wragby Hall, la casa solariega de la familia de él. Su padre había muerto; Clifford, heredero del título de barón, se convirtió en sir Clifford y Constanza en lady Chatterley. Reiniciaron su vida de casados en la mansión más bien triste de los Chatterley, con ingresos algo escasos. Tullido para siempre y sabiendo que nunca podría tener un hijo, Clifford volvió a su hogar en las humosas Midlands, la parte central de Inglaterra, para conservar vivo el apellido de Chatterley mientras le fuera posible."

D. H. Lawrence usa topónimos auténticos y falsos en su libro. Cita, entre otros, a Bolsover, nombre de la población que se formó en torno a un castillo lleno de estrambóticos detalles arquitectónicos, cuya parte más antigua tiene ochocientos años; a Uthwaite, olvidando que su grafía correcta es Huthwaite; a Bestwood, pueblo al que se lo ha ido comiendo su mina de carbón. Pero agrega nombres geográficos que no existen. O provoca confusiones. Tal es el caso de Wragby.

"Connie y Clifford se instalaron en Wragby, en el otoño de 1920", dicen las primeras líneas del capítulo segundo. "Wragby Hall era una vieja casa de piedra, parda, larga y de techos bajos, edificada a principios del siglo XVIII. Luego se le agregaron secciones, hasta que quedó convertida en un laberinto sin mucha distinción. Estaba sobre una loma, en medio de un precioso y viejo parque, pero desgraciadamente se podía ver, a cierta distancia, la chimenea de la mina de carbón de Tevershall, lanzando nubes de humo y vapor; y entre la húmeda neblina, la hilera de casas del pueblo de Tevershall, pueblo que comenzaba casi en la verja del parque y arrastraba su completa e inevitable fealdad a lo largo de un horrendo kilómetro: hileras de miserables, pequeñas y tiznadas casas de ladrillos, con techos de pizarra negra, como tapas, agudos ángulos y lúgubre aspecto."

Se conocen en Inglaterra dos modestas ciudades provincianas llamadas Wragby. Una queda en el condado de Lincoln, hacia el este de la capital así llamada, la hermosa urbe medieval de Lincoln, sita en el lugar donde los romanos establecieron reductos estratégicos a principios de nuestra era. Allí mandó erigir un imponente castillo Guillermo el Conquistador, que se conserva cerca de su gran catedral gótica. Otro Wragby está en el condado de York. Ni aquél ni éste ni sus mansiones señoriales, sin embargo, guardan relación con la casa solariega de los Chatterley.

En realidad, Wragby es un nombre adulterado por D. H. Lawrence. Se trata de Skagby: unas cuantas casas, plantadas frente a una carretera y que en conjunto pueden considerarse como un suburbio de Sutton-in-Ashfield, población a la que se llega en los estupendos camiones ingleses de dos pisos, partiendo de Nottingham. Los alrededores de Skagby, que cuenta con una diminuta estación ferroviaria, son lomas verdes, manchadas de árboles. No muy lejos está Teversal (el Tevershall de la novela de Lawrence).

Sin embargo, no pensaba en Skagby ni en Teversal el novelista inglés cuando describió a aquel pueblo minero de "inevitable fealdad".

"El auto subió la pendiente, atravesando la larga y sucia calle de Tevershall, con sus casas de ladrillos ennegrecidos, los techos de pizarra negra y bordes brillosos, el negro lodo de polvo de carbón, el pavimento negro también, y mojado. Parecía que algo tenebroso lo hubiera permeado todo traspasándolo. Era aterradora la absoluta negación de la belleza natural, la absoluta negación de la alegría de la vida, la absoluta ausencia del instinto de belleza de las formas —que hasta las bestias poseen— y la ausencia absoluta de la facultad de intuición, propia del hombre. ¡Qué horribles montones de frutas, en las tiendas! ¡Qué espantosos sombreros en los aparadores de las sombrererías!"

D. H. Lawrence insiste sobre la fealdad de ese pueblo: "¡Tevershall! ¡Aquello era Tevershall! ¡La alegre Inglaterra! ¡La Inglaterra de Shakespeare! No, era la Inglaterra de hoy, como Constanza había comprendido al ir a vivir allá. Estaba produciendo una nueva humanidad, exageradamente consciente en cuanto a asuntos económicos, políticos y sociales, pero muerta en cuanto al sentido intuitivo y espontáneo. Eran cadáveres a medias todos ellos. . ." Deprime a lady Chatterley ver pasar "los grandes camiones llenos de obreros de las acerías de Sheffield; aquellos seres raros, retorcidos y pequeños que parecían hombres, de excursión a Matlock". Y piensa: "¿Qué le ha hecho el hombre al hombre, Dios mío? ¿Qué les han hecho los jefes de los hombres a sus semejantes? ¡Los han reducido a algo menos que seres humanos y ahora no puede existir la fraternidad! ¡Es una pesadilla!"

Cuando pasean desnudos por el bosque lady Chatterley y su amante, en una escena del libro, el hombre monologa: "No les haría discursos a los mineros, sólo los desvestiría para decirles: ¡Mírense ustedes mismos! Tienen hombros disparejos, piernas torcidas e hinchazones por todos lados. ¿Qué se han hecho con todo este maldito trabajo? ¡Y miren a Tevershall! Es espantoso porque lo construyeron mientras trabajaban por dinero. Miren a sus mujeres! No los quieren y ustedes no las quieren, porque pasan todo su tiempo trabajando. Ya no pueden ustedes hablar, ni moverse, ni vivir, ni estar con una mujer como debieran estarlo."

D. H. Lawrence escribió su obra en un bosquecillo de olivos, próximo a Florencia. Allí, Teversal o, del modo en que él lo recordaba, Tevershall, era sólo un nombre. Lawrence pensaba en el pueblo donde nació, en 1885: Eastwood, que yace apenas a unos diez kilómetros al sur de Teversal y de Skagby. Es verdad que hoy lo atraviesa una carretera pavimentada, que ya no se amontonan de un modo horrible las frutas en las tiendas, que cuenta con un supermercado y con una sucursal de la *Woolworth*, pero también es cierto que la casa donde nació David Heriberto Lawrence, en un día nublado y pegajoso de septiembre, sigue siendo la misma. Y no porque se trate de una reliquia histórica, sino porque en igual situación se encuentran sus vecinas, las casas de la estrecha calle de Victoria. Casas de ladrillos, míseras, pequeñas y tiznadas.

Recorrí esa calle de Victoria, del pueblo de Eastwood, una tarde de septiembre del presente año, nublada y caliente. Me asomé a los traspatios de algunas viviendas, escuché la plática amarga de cuatro comadres, puse momentáneamente atención al juego de unos niños flacos y sucios y concluí que es la misma calle de Victoria del pueblo de Eastwood, más o menos como estaba cuando nació el cuarto hijo de los Lawrence, David Heriberto. El aire olía a carbón y un velo oscuro, formado con el humo de las minas, seguía enturbiando el cielo de aquella región negra de las Midlands.

Y en Teversal y en Skagby y en Sutton-in-Ashfield y en Huthwaite y en Alfreton y en Ripley y en tantos otros lugares vi a los pequeños mineros torcidos, hoscos, de cachucha, bufanda y traje arrugado, que menciona Lawrence. Sí, hay lomas verdes y todavía algunas arboledas y es posible escuchar en ellas el canto de los pájaros y alegrarse ante las flores de los jardines de las casas, tan uniformes. Pero, ¿qué son esos cerros chatos o puntiagudos que se levantan amenazantes en la lejanía? Son cerros de desperdicios carboneros. Oscuros y estériles dominan el panorama.

La novela de D. H. Lawrence significa una protesta. La desnuda Constanza, lady Chatterley, es una explosión de júbilo en un ambiente humoso y triste; es la vida que brilla en un mundo que huele a muerto.

Al terminar su libro, D. H. Lawrence le escribe a una amiga en abril de 1927: "Estoy lleno de incertidumbre por mi novela, *El amante de lady Chatterley*. Es exactamente lo que el mundo llamaría algo inconveniente. Pero usted sabe que no lo es. Yo siempre trabajo en la misma cosa, hacer que la relación sexual sea válida y preciosa, en vez de vergonzante; y esta novela marca el límite más profundo que he alcanzado. Para mí es bella, tierna y frágil como el ser desnudo, mas me inquieta el proyecto de hacerla pasar a máquina. Es probable que el mecanógrafo quiera intervenir." Lawrence hizo tres versiones de *El amante de lady Chatterley*. Comparándolas, se nota que el guardabosques tiene las características de

un personaje indeciso, mal dibujado; en la primera se apellida Parkins y es tímido, dueño del carácter de un trabajador, mientras que en la tercera versión lleva el apellido de Mellors, aparece como un hombre que sirvió en el ejército colonial inglés, y que, por otra parte, desprecia a las masas, no tiene fe en el hombre y se muestra inclinado a vivir en un nivel distinto al de los trabajadores. El guardabosques, en realidad, está hecho a imagen y semejanza de D. H. Lawrence. Su anarquía, sus incongruencias se deben a la cultura defectuosa de Lawrence y a su carencia de un criterio definido, de una ideología viva, con esqueleto y solidez. Se lee en una carta que le mandó a cierto amigo, finalizando 1928: "Nos hace falta una revolución en Inglaterra, no en nombre del capital ni del obrero, sino en nombre de la vida. Y que el dinero y el trabajo sean tan poco importantes en la vida humana, como lo son en la de los pájaros, maldita sea. ¡Oh, es tiempo de que todo cambie! Será necesario aplastar el dinero y este sucio espíritu posesivo. Cada minuto que pasa me vuelvo más revolucionario. Pero por la vida. El materialismo muerto del socialismo de Marx y de los soviets no me parecen mejor que lo que tenemos. Lo que necesitamos es vida y confianza." (Como se ve, la concepción del mundo que tenía Lawrence pecaba no sólo de anticientífica, sino de infantil.)

En cambio, Constanza, aun cuando hay momentos en que deja de ser ella y se convierte en un filósofo feminoide que disparata, sí es un personaje bien logrado. Lady Chatterley, en cuanto a mujer, se antoja auténtica. Para ella, el amor llega a ser algo muy diferente de lo que pretende ser entre los pobres obreros y sus mujeres que la rodean, o entre los intelectuales y sus amigas que a veces visitan Wragby Hall. Es un amor humano, que en sus horas de reinado emerge potente como una gran ola para cubrir los cuerpos y hundirlos en una paz incomparable.

En otra carta, Lawrence explica: "He escrito una novela, *El amante de lady Chatterley*. Es una novela fálica; una delicada y tierna novela fálica". Meses después, se dirige a una amiga en esta forma: "En cuanto a *lady Chatterley*, no tiene que pensar que yo abogo por el sexo sistemáticamente. Lejos de ello. Nada me causa más repugnancia que la promiscuidad sexual, en o fuera de época. Pero lo que quiero hacer en *lady Chatterley* es un ajuste de la conciencia de las realidades físicas fundamentales."

Publicada su novela, el escándalo hiere y difama a Lawrence. Prohíben en Inglaterra, en los Estados Unidos y en otras partes *El amante de lady Chatterley*. Surgen ediciones piratas, donde el texto aparece mutilado. Y David Heriberto Lawrence, el hijo de un minero, que se ha rebelado contra la fealdad impuesta a los hombres por el capitalismo, nuevamente se enfrenta a las multitudes de enemigos. En su conciencia pesa el recuerdo de la falta de datos sobre el origen de su abuelo, adop-

tado por militares ingleses después de que lo encontraron muy niño en el campo de batalla de Waterloo, donde se le había abandonado semidesnudo. También Lawrence siente que está en la tierra de nadie y que debe luchar ferozmente para subsistir. "Me acusan de ser un bárbaro", anota en *La defensa de lady Chatterley*. "Dicen que quiero rebajar a Inglaterra al nivel de los salvajes; pero es esa perversión grosera del sexo, imperante en Inglaterra, la que yo califico de salvaje y bárbara. El hombre para el cual la ropa que lleva una mujer es lo más excitante que hay en ella, es un salvaje. Los salvajes obran así. Es conocida la historia de esa salvaje que se cubrió con tres mantas para excitar a su marido y que alcanzó sus fines. Semejante concepción injuriosa, que no ve en la sexualidad más que un acto físico o una cierta forma de divertirse con los vestidos, denota, según mi modo de pensar, un grado abyecto de barbarismo y salvajismo. Y en lo que concierne a las cuestiones sexuales, nuestra civilización es grosera, salvaje y bárbara, particularmente en Inglaterra y en los Estados Unidos". "Yo declaro que mi novela es un libro honesto y sano, que responde a las necesidades de los hombres de nuestros tiempos." "Inglaterra debe ser regenerada, pero solamente podrá serlo con la aparición de un nuevo contacto de sangre y de un nuevo matrimonio. Será una regeneración fálica, más bien que sexual. Pues el falo es el símbolo imperecedero de la vitalidad divina del hombre y del contacto inmediato entre los seres."

Durante años se lucha para que, tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra, deje de ser considerado *El amante de lady Chatterley* un libro pornográfico y se permita su publicación. Esto se consigue y vuelve el escándalo a perturbar a los ingleses. Aparte del libro, se ha presentado una comedia basada en él. "Es hermosa y, en mi opinión, más artística que la novela", declara el jefe metodista Leslie Weatherhead; "pero en la escena de la alcoba, vemos a lady Chatterley y al guardabosques sentados en la cama, aparentemente desnudos." Los nuevos enemigos de Lawrence pretenden hallar en su libro una de las causas de la ola de perversión. "Es alarmante que, por ejemplo", dice el doctor Weatherhead, "una niña de doce años no pueda volver sola en bicicleta a su casa, después de una reunión de muchachas exploradoras, sin el peligro de que la rapten y asesinen". Pero Lawrence no escribió su novela para animar a los degenerados. Weatherhead, sin embargo, la toma sólo como un libro cochino. "Su argumento es apenas algo más que una serie de intimidades adúlteras en los bosques; y la unión de los adúlteros se repite, con todo detalle, once veces. Su charla me dejó atónito. Es realmente increíble que semejantes palabras hayan podido ser impresas."

Más terribles son, empero, las palabras impresas en carteles, pegados a las paredes de ladrillo de muchas casas enfermas de monotonía, todas

con la ventana de su sala a la calle, una mesa contra la ventana y un jarrón con flores encima de la mesa. Son casas de pueblos citados en el libro de Lawrence. "Buenos, seguros empleos en las minas", dicen los carteles. "Necesitamos ahora hombres y MUCHACHOS. Buen pago. Diríjanse al Departamento de Relaciones Industriales en Bestwood, Bolsover, Eastwood, Edwinstowe o Huthwaite." Palabras terribles, que significan que se sigue enviando ingleses a la hornaza, a la destrucción.

De los bosques de Robin Hood, del bosque de lady Chatterley, del gran bosque de Sherwood que hermooseaba las Midlands, apenas hay unos cuantos árboles. Los duques y sires construyen nuevos palacios y los repletan de quincalla. Las fábricas aumentan, las minas ennegrecen el aire. El personaje de David Heriberto Lawrence equivalía, más que a la protagonista de amores relatados con festiva crudeza, a un viento limpio, a un rayo de luz, a una forma bella y alegre. Pero ha sido rechazado, suprimido. Los aficionados a la pornografía que agotan las tiradas de la novela no se preocupan porque las condiciones sociales que denuncia Lawrence sean las mismas actualmente, un poco endulzadas algunas o empeoradas otras. Y de la mujer desnuda, dispuesta a cumplir con su sentido amoroso, de acuerdo con las leyes de la vida, queda sólo un recuerdo en la región más oscura, más triste y monótona, fea e inhumana, del corazón de Inglaterra.